

“Ante este difícil panorama, no decae el espíritu del mando y se pide la concentración a todas las fuerzas en al Alcázar, salvo aquellas que defiendan una posición importante y vital para oponerse a cualquier ataque.”

El día 21 de julio, a media mañana, el general Riquelme habla por teléfono con el coronel Moscardó:

—A sus órdenes, mi general. ¿Qué desea?

—Hacerle una pregunta. ¿Podremos contar con usted? ¿Permanece usted fiel a la República? Conteste de un modo categórico.

—Según a la que sea. A la española, sí. A la rusa soviética, no.

—Bien entendido. Entonces entregue las armas y municiones que tiene custodiadas en la Fábrica.

—Yo no puedo poner esas armas en manos de las milicias marxistas.

—Bien, las tomaremos nosotros.

PREOCUPACION EN MADRID

Le preocupa en Madrid el cariz que va tomando Toledo y sobre todo, la posición firme de su Alcázar a cuya defensa, si fuera posible, se van sumando toda clase de gentes dispuestas a defender los valores supremos de una civilización castigada. Desde el ministerio de la Guerra, ordenan que se envíe la enorme cantidad de municiones que existen en la fábrica de armas, orden que no es acatada por el coronel Moscardó. El Gobierno de Madrid insiste, ya que el número de cartuchos pasa del millón y se eligen todos los caminos para llegar al convencimiento de quienes defienden la Fábrica de Armas para que se entregue la munición. Son fallidos todos los resultados. Un alto interlocutor socialista llega desde Madrid con el objeto de, personalmente, realizar la gestión de que se entregue la munición y rotundamente fracasa. Por último, muy avanzada la noche, el coronel Hernández Sarabia que actuaba con facultades de ministro, llamó para pedir con urgencia las ya famosas municiones, llamada que fue recibida por el director de la fábrica, el coronel Soto, abandonando con ello la gestión con el Gobernador Militar del que no se había podido conseguir el cumplimiento de la orden.

Inmediatamente que el coronel Moscardó supo de la recepción de la orden por el coronel Soto, llamó a la Junta de jefes de plaza a los que refirió las

gestiones que se habían realizado por el Gobierno y su fracaso constante. Todos deciden por unanimidad seguir las Ordenanzas y no entregar ni armas ni municiones que serían destinadas a los enemigos de España.

Durante la tarde y la noche de esta jornada del día 20 de julio no cesa la afluencia al Alcázar de militares, paisanos, guardias civiles que vienen desde los distintos lugares de la provincia, personas que se sienten identificadas con el espíritu del Alzamiento y que quieren ser los primeros en defenderlo. En Illescas —dice el cronista— se tropieza con la primera dificultad. Han entrado en el pueblo la avanzadilla de las fuerzas del Gobierno que van camino de Toledo y han ocupado el Cuartel de la Guardia Civil. Estos simulan gran alegría, conviven con los milicianos y cuando han ganado su confianza, desaparecen marchando a pie los treinta kilómetros que les separa de Toledo. También en Tembleque un grupo de veintinueve guardias al frente del teniente Sánchez del Valle, no podrá llegar a Toledo. En Algodor observan que están paralizados los trenes. Siguen a pie y en la Alberquilla, a tres kilómetros de la capital, los guardias de la CAMSA, que se han unido a este grupo, les advierten del movimiento de fuerzas que hay procedentes de Madrid y escuchan el tableteo de las ametralladoras. Cuando retroceden a Algodor, éste ha sido tomado por las fuerzas leales al Gobierno.

EL GRUPO DE DEFENSA

Ante este difícil panorama, no decae el espíritu del mando y se pide la concentración de todas las fuerzas en el Alcázar, salvo aquellas que defienden una posición importante y vital para oponerse a cualquier ataque. En la madrugada del día 21, Moscardó ordena al comandante Méndez Parada que desde la Fábrica de Armas transporte un camión de municiones al puesto que defiende la carretera de Madrid, por donde se presume asomarían las fuerzas de ataque que el Gobierno envía sobre Toledo. Otro riesgo aparece: el coronel Soto, director de la Fábrica de Armas, ha llamado telefónicamente al Alcázar para que se desplacen a dialogar. Se encarga de ello al comandante Méndez Parada. En su entrevista con el coronel Soto, éste le pone en conocimiento que en la fábrica trabajan 1.500 obreros y que a la vista de que en el Alcázar se están armando a cuantos llegan para su defensa, han decidido en asamblea crear un Comité de defensa de la Fábrica y cuentan con cuarenta mosquetones. La situación se despeja invitando a los trabajadores a volver a sus puestos de trabajo y reunir al Comité de defensa. Se accede a ello, y se logra convencerles de que, como solo existen cuarenta mosquetones, como entre los jefes y oficiales suman alrededor de veinticinco, bastará solo quince obreros de la fábrica para constituir el grupo de defensa. Se ex-